


## SIEMPRE EN EL LÍMITE

*Evelyn Galiazo*

*Y escribe el ángel de la Iglesia en Laodicea. He aquí el Amén,  
el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, y dice  
esto: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o  
caliente! Pero por cuanto eres tibio te escupiré de mi boca.*

"Apocalipsis" 3: 14-16

 Desarrollada a lo largo de toda su obra desde distintos ángulos, la crítica nietzscheana dirigida al lenguaje señala siempre la presencia de una ausencia, de un resto en fuga ineludible que se desliza y escapa entre salto y salto, cayendo en los sucesivos pasajes que lleva a cabo una percepción hasta convertirse en concepto: de excitación nerviosa a imagen, y de imagen a término lingüístico.<sup>1</sup> "La historia de la lengua es la historia de un proceso de abreviación" —protesta en algún escrito.<sup>2</sup>

Ante esta falta que se rebela a la nominación el filósofo no silencia su voz sino que insiste en hacer de ella un grito desgarrador

1. Al respecto puede consultarse el ensayo *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Madrid, Tecnos, 1990.

2. F. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, traducción de A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1998, p. 236.

que la delate, acusación sometida a la doble lógica del fracaso y el éxito simultáneos: Nietzsche dice y repite lo mismo de modo incansable; busca contarnos aquello de lo que no se puede dar cuenta, ya que el medio de la denuncia se identifica con su blanco de ataque. Pero al fracasar en su proyecto inadmisible consigue precisamente lo que se proponía. Logra y no logra su objetivo porque "lo que se expresa en el lenguaje, nosotros no podemos expresarlo mediante él".<sup>3</sup>

Hay en los textos de Héctor Álvarez Murena una obsesión y una estrategia similares. Durante ese largo ciclo de entrevistas radiales que mantuvo con Vogelmann, la misma inquietud surge una y otra vez. "Lo más importante es señalar el límite de nuestras pobres palabras" –dirá en una conversación acerca de la obra de Angelus Silesius–. Para el ensayista, el sujeto se realiza en la incompreensión. Opacidad y desacuerdo son propiedades decisivas de la especie y condición del género. "La humanidad –reitera en un debate posterior– nos ha sido dada a través de la dificultad de comunicarnos".<sup>4</sup>

Según Barthes, el estilo es un modo autárquico de marcar la lengua con sello inconfundible.<sup>5</sup> El tono particular con el que Murena rubrica su escritura determina cierto parecido de familia con el estilo nietzscheano. Una cuestión de ritmo para dos estrategias de la obstinación. En ambos el lenguaje se evidencia como límite insuperable y al mismo tiempo como única salida. Ambos mantienen, desde la suprema impotencia, firmemente dominadas las riendas de lo imposible. *La metáfora y lo sagrado* testimonia la asunción de esta feliz paradoja como política de autor:

La poesía acepta la multivocidad de cada palabra, acepta la imprecisa índole humana. [...] Tal es su movimiento. Empieza por aceptar que no es ineludible que casa signifique casa. Pero no se detiene ahí. *En esa*

3. L. Wittgenstein, *Tractatus Lógico-Philosophicus*, 4.121.

4. Ver "El peregrino querubínico" y "Confusión y unidad de las lenguas", en H.A. Murena y D.G. Vogelmann, *El secreto claro (Diálogos)*, Buenos Aires, Editorial Fraternal, 1978, pp. 149 y 203.

5. R. Barthes, *El grado cero de la escritura*, México, Siglo XXI, 1996, p. 18.

*presunta falta descubre una ocasión, una puerta. Insiste, apuesta sobre ella. Va aún más allá.*<sup>6</sup>

Dicha apuesta, una tirada de dados, es la pasión conjunta que los atraviesa y los vincula más aún que la mención explícita del superhombre en los ensayos de Murena. El fervor dictado por una religiosidad que se despliega fuera del acatamiento ciego o el apego obsecuente a los rituales de cualquier credo no es un obstáculo para este vínculo sino su confirmación.<sup>7</sup> Porque "el 'desinterés' no tiene ningún valor ni en el cielo ni en la tierra; todos los grandes problemas exigen el gran amor, y de éste sólo son capaces los espíritus fuertes, enteros [y seguros]".<sup>8</sup> Están unidos por la intensidad de una búsqueda –no un verbo sino un vértigo, advertirá otra poeta– que promueve el ejercicio del salto en el vacío como programa de entrenamiento. "Di tu palabra y hazte pedazos" exhorta Zarathustra<sup>9</sup> ...para que el ángel del Apocalipsis –aventuremos– no pueda reprocharte esa calma que equivale a la medida, a la tibieza de la renuncia.

Propenso por naturaleza a la suspicacia, Murena desconfía de las lecturas literales. Siguiendo como una pista la premisa de quien reclama para sí la figura escrituraria del anticristo, encuentra en ella un sentido para la auténtica religiosidad. Es preciso leer con el cuerpo y escribir con sangre, dos consignas de las que Murena se apropia para nuestro provecho y que en lo sucesivo trataré de rastrear en sus textos.

6. H.A. Murena, *La metáfora y lo sagrado*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1973, el subrayado es mío.

7. Cabe destacar que Murena se distancia de todos los movimientos que institucionalizan el sentimiento religioso, es decir, de las iglesias, a las que califica de contrainiciáticas. En numerosas oportunidades critica la religión por haber instaurado una concepción atea del mundo, ya que mantiene una servidumbre negativa respecto de la teología, de cuyo campo ha desertado la verdadera religiosidad. (Ver por ejemplo "La contrainiciación" y "Heidegger partiendo de Heráclito", en *El secreto claro* o "Vergüenza y redención", en *La metáfora y lo sagrado*).

8. F. Nietzsche, *La ciencia jovial*, Monte Ávila Editores, traducción de J. Jara, Caracas, 1999, p. 207.

9. F. Nietzsche, *Así habló Zarathustra*, traducción de A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1994, p. 213.

Al adentrarse en los senderos de la tradición hebrea, rescata cierta vertiente de la Cábala según la cual la Torá, a pesar de ser una Escritura, no se considera escrita. Si lo estuviera, sostiene, no sería tan difícil acercársele, pero estaría muerta. "Todo texto escrito en un libro sacro es, en realidad, una incitación para que volvamos a vivir". A esta incentiva estimulante confronta la lectura dogmática que reproducen las religiones y las iglesias, efecto de un lamentable error de acercamiento en el que los sentidos se aquietan hasta adquirir rigidez cadavérica. Pero

si cada uno hiciera que ese texto se escribiera en él, en su corazón –tal como está escrito [que debe hacerse]–, esos textos serían... serían como el lenguaje de los pájaros: un lenguaje muy variable y muy vivo. [...] Creo que la Torá está escrita en todas partes, que toda escritura es la Torá. [...] Nuestra falta consiste en no aportar nuestra vida a los textos. Y no aportar nuestra vida a los textos es no aportar nuestra vida a cualquier circunstancia que se nos presenta.<sup>10</sup>

Tal como aquí se la concibe, la lectura no es pasiva sino activa, no descifra sino que arrebatada y transforma. "Quien ha creído comprender algo de mí, ése ha rehecho algo mío a su imagen" –confirma el *Ecce homo*–.<sup>11</sup> Leer con el cuerpo es no sustituir intensidades por

10. H.A. Murena y D.G. Vogelmann, *El secreto claro*, op. cit., pp. 51-52. En Nietzsche los pájaros también simbolizan los significantes con los que se expresa el espíritu de la liviandad. *Más allá del bien y del mal* contraponen dos modos antagónicos de escrutar la realidad: la estrecha "perspectiva de rana" y la "vista de pájaro", caracterizada por su plasticidad itinerante y por su altura, que augura una mayor visibilidad (véase el § 2, p. 23 de la op. cit.). Por otra parte, el gran edificio de los conceptos ostenta la firme regularidad de un *columbarium* romano, señala en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (op. cit., p. 26). El término que el texto privilegia como imagen especular del lenguaje tiene una doble dimensión: un *columbario* es un conjunto de nichos donde se colocaban las urnas cinerarias en los cementerios de la antigua Roma, pero adquirió este significado luego de una mutación semántica. Dado que su raíz remite a *columba* ("paloma"), su primera acepción fue "palomar". El *columbarium* representa la morada en la que las palomas culminan su vuelo, el sitio en el que se aquietan. Pero sólo cuando sus palabras revolotean como palomas libres, el filósofo-artista accede a pensamientos dignos de sí.

11. F. Nietzsche, *Ecce homo*, traducción de A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1971, p. 57.

representaciones. Ni traducir ni interpretar sino *embarcarse con* –improvisa Deleuze–. Embarcarse en "una especie de balsa de Medusa, mientras caen bombas alrededor, la balsa se desliza hacia helados arroyos subterráneos, o bien hacia ríos tórridos, [...] todos reman juntos, quienes no tienen prohibido amarse, quienes se combaten, quienes se devoran".<sup>12</sup>

Leer desde la corporalidad implica asumir el riesgo de la continua decisión; oponer a la reflexión paralizante lo brevísimo y lo intensísimo, el matiz profundo del evento. El devenir exige la constante improvisación de la vida,<sup>13</sup> para Murena entonces, ser puro significa liquidar toda premeditación. Desde su perspectiva, premeditar es una operación puramente cerebral en cuya raíz se oculta el miedo a esos grandes paréntesis de misterio que abarcan toda nuestra existencia: el sentido de la vida y la razón de la muerte. Juguete del azar destinado a la evanescencia, el sujeto –y en especial el filósofo– trajina sus días sometido a infinitas preocupaciones que le impiden vivir el presente. "Tendemos a dejarnos confundir por el pasado y por el futuro... Nos convertimos en irreales."<sup>14</sup>

La filosofía tradicional –"disciplina que produce telarañas en los ojos"<sup>15</sup> es por lo tanto concebida como una "escuela de vacilación",<sup>16</sup> resultado del empobrecimiento de las fuerzas. Entre el pavor que genera la finitud y el desconcierto surgido de la propia vulnerabilidad, los filósofos confunden lo primero con lo último, ubicando al comienzo "los 'conceptos supremos', es decir, los conceptos más generales, los más vacíos, el último humo de la realidad que se evapora".<sup>17</sup> En su

12. G. Deleuze, "Nietzsche, pensador nómada", en *La caja. Revista del ensayo negro*, N° 3, abril-mayo de 1993.

13. Véase F. Nietzsche, *La ciencia jovial*, § 303, 304, op. cit., p. 177.

14. H.A. Murena y D.G. Vogelmann, *El secreto claro*, op. cit., p. 17.

15. H.A. Murena, *Epitalámica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969, p. 50. Nietzsche utiliza una metáfora semejante cuando denuncia el carácter ilusorio de la verdad. Aquello que los filósofos llaman verdad, afirma, es un mero efecto del esquematismo lógico, rutina gramatical que determina el pensamiento. La verdad tiene la textura de una red simbólica, es "una niebla cegadora sobre los ojos y los sentidos de los hombres". F. Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, op. cit., p. 18.

16. H.A. Murena, *La metáfora y lo sagrado*, op. cit., p. 23.

17. F. Nietzsche, "La 'razón' en la filosofía", en *Crepusculo de los ídolos*, traducción de A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1993, p. 47.

intento de dotar de sentido a la vida se juega la pretensión de asignarle cierta perdurabilidad o consistencia, todo lo que se encontraría “antes de la caída, antes del cuerpo, antes del mundo y del tiempo”.<sup>18</sup>

La construcción jerárquica que la filosofía erige descubre para el genealogista un viejo estigma oculto hasta el momento por un velo de sacra dignidad. Infamia originaria en virtud de la cual la incertidumbre es engañosamente convertida en mérito. La mirada sagaz detecta allí la mala entraña de una energética que sólo puede aminorarse, y su producto es desenmascarado como síntoma de decadencia fisiológica: mala digestión, lesiones en el nervio simpático, pobreza de sulfatos o fosfatos en la sangre y degeneración en los ovarios son algunos de los motivos que ocasionan el surgimiento de estos sistemas interpretativos, alienantes para quienes los conforman y padecen.<sup>19</sup> Pero en medio de la diversidad y mutabilidad de lo que acontece no debe imperar ninguna legalidad denegativa sino la afirmación de la vida. A Nietzsche le repugnan “todas aquellas morales que dicen: ¡No hagas esto! ¡Renuncia!” “Por el contrario –continúa– estoy bien dispuesto hacia todas aquellas morales que me impulsan a hacer algo y a hacerlo de nuevo y a soñar con ello desde temprano hasta la tarde y la noche, y a no pensar en nada más que: ¡hacer bien esto, tan bien como, en rigor, sólo a mí me es posible hacerlo”.<sup>20</sup>

De sus palabras se desprende algo más: leer con el cuerpo es concretar una particular acción filosófica que sólo puede ser llevada a cabo en primera persona, revelando así la intransitividad original de su gesto. Una filosofía sólo puede gestarse y realizarse en nombre propio:<sup>21</sup> “en el filósofo nada, absolutamente nada es impersonal”.<sup>22</sup> Por más

18. M. Foucault, “Nietzsche, la genealogía, la historia”, en *Microfísica del poder*, Madrid, La piqueta, 1980, p. 10.

19. Cito algunos de los ejemplos que menciona Nietzsche en el “Tercer Tratado” de su *Genealogía de la moral*, traducción de A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1993, p. 148.

20. F. Nietzsche, *La ciencia jovial*, § 304, *op. cit.*, p. 177, el subrayado es de Nietzsche.

21. Sobre esta problemática véase el artículo de M.B. Cragnolini, “Nombre e identidad: filosofar en nombre propio”, en *Actas del X Congreso Nacional de Filosofía, 24 al 27 de noviembre de 1999*, AFRA - Escuela de Filosofía, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, pp. 668-671.

22. F. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, *op. cit.*, p. 27.

que así lo pretenda, sus concepciones y paradigmas no se sustentan en ninguna dialéctica fría, despreocupada y objetiva sino en la interioridad de sus deseos más íntimos. Ocultamiento peligroso que también Murena combate. “Las reflexiones corren el riesgo de caer en manos de los literatos, de los gustadores de palabras, y de ser convertidas en palabras. [...] Los únicos compromisos, relaciones o pactos no peligrosos son los estrictamente personales” sostiene en su *Homo atomicus*.<sup>23</sup> Toda lectura, como expresión de un cruce de fuerzas único, es de carácter exclusivo ya que no se tienen vivencias más que de sí mismo:

Recorres el camino de tu grandeza: ¡nadie debe seguirte a escondidas!  
Tú mismo has borrado detrás de ti el camino, y sobre él está escrito:  
imposibilidad.<sup>24</sup>

Por lo tanto, la lectura soporta la marca diferencial de lo que se sustrae a cualquier posibilidad de sistematización y con esto, a toda ley, a todo contrato, y a todo orden conservador. Hugo Savino observa que dicha conducta sitúa al escritor contra la profesionalización de la literatura: mientras que todos escriben *para quedarse* Murena lo hace “para irse”, “para escapar de todas las manos”, perturbando así “la armonía de la colmena literaria, agitada por tenues diferencias que suelen recomponerse frente a la posibilidad de publicar”.<sup>25</sup> La institución es el circuito de “los ociosos que leen”,<sup>26</sup> indiferentemente sometidos al vacío ritual de la repetición. Porque para leer con el cuerpo

23. H.A. Murena, “El ultranihilista”, en *Homo Atomicus*, Buenos Aires, Sur, 1961, p. 72.

24. F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, *op. cit.*, p. 220.

25. Aspecto específica y estilísticamente desarrollado en el artículo de H. Savino, “Murena, la palabra injusta”, en *Immombrable* Nº 1, noviembre de 1985. Allí expone los motivos por los que Murena “molesta” a tres generaciones de escritores. Un estudio minucioso acerca de estas tres décadas de ataques hacia su persona y hacia su producción es el de E. Rodríguez Monegal, *El juicio de los parricidas. La nueva generación de argentinos y sus maestros*, Buenos Aires, Deucalión, 1956.

26. “No es cosa fácil comprender la sangre ajena: yo odio a los ociosos que leen [...]. El que a todo el mundo le sea lícito aprender a leer corrompe a la larga no sólo el escribir, sino también el pensar”. F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, *op. cit.*, p. 60.

hay que alejarse de las rutinas del elogio, avanzar hacia la soledad absoluta, patria del verdadero lector.

La lectura crítica evidencia un temple de ánimo no modificable argumentativamente, porque la voluntad no elige la interpretación que prefiere sino la que su fuerza es capaz de resistir. “Si *puudiesen* de otro modo entonces *querrían* también de otro modo”, declara Zarathustra con voz aristocrática.<sup>27</sup> En una carta que durante octubre de 1868 dirige a su amigo Paul Deussen, Nietzsche construye una imagen esclarecedora para dar cuenta de esta idea. Una filosofía o cosmovisión (*Weltanschauung*) es como el perfume de una rosa: quien no lo sienta de por sí no podrá jamás comprender su sentido aunque el mejor de los oradores haga de él su apología. Y para el que lo sienta, su fragancia no dejará lugar a dudas.<sup>28</sup>

Atormentado por la infección de las comunicaciones generales, por la divulgación barata y el auge del periodismo, Murena cita de memoria la última proposición del *Tractatus* wittgensteiniano: “de lo que no se puede hablar es mejor callar”. Al comentarla, Vogelmann menciona una antigua leyenda hindú que dice lo siguiente: El Buda debía pronunciar su sermón habitual; en lugar de hacerlo, levantó una flor y permaneció en completo silencio.<sup>29</sup> Esta anécdota de increíble simpleza busca plasmar algo muy semejante a lo que plantea el filósofo De Sils María en su carta: aquello que se puede aprehender de una teoría no es asimilado por el intelecto sino por una fuerza viva que desde y a través de nosotros se afirma:

Teología es [...] el afán de explicar el mundo. [...] La teología constituye un momento de debilidad en que ante las demandas de la razón el espíritu se rebaja a dar razones que justifiquen la fe. Esta rebaja humilla

27. F. Nietzsche, *Así habló Zarathustra*, op. cit., p. 254, el subrayado pertenece a Nietzsche.

28. F. Nietzsche, carta Nº 595, Leipzig, octubre de 1868, en *Sämtliche Briefe Kritische Studienausgabe in 8 Bänden*, Hrsg. von G. Colli und M. Montinari. Berlin, DTV-WdG, 1986, Band II, p. 327 y ss. Agradezco a la Dra. Cagnolini la gentileza de haberme acercado el texto concreto, que yo sólo conocía imprecisamente, así como su referencia exacta.

29. El comentario aparece en “Las vías de liberación (II). El ruido es silencio”, en H.A. Murena y D.G. Vogelmann, *El secreto claro*, op. cit., p. 182.

todo. No hay nada demostrable en el campo de la metáfora, de la fe. Simplemente las cosas son mostradas, basta.<sup>30</sup>

La adhesión a una forma de interpretar el mundo se desprende del cuerpo de quien la soporta, es consecuencia de su poder y no de su convencimiento. Murena está persuadido de tal certeza como aquel que espontáneamente responde ante el perfume de la rosa: “No hay ninguna respuesta racional y explicativa para aquello que no creéis”,<sup>31</sup> afirma. Es evidente que contaba con una voluntad de carácter nietzscheano, porque “nadie puede escuchar en las cosas, incluidos los libros, más de lo que ya tiene”.<sup>32</sup>

Sin embargo, aunque no sea mediante la argumentación que las cosas se muestran, su verdad puede manifestarse a través de un uso particular de la lengua. “[Ya que] mostrar una flor es algo que se produce en contadas ocasiones de la vida, [...] los seres humanos tenemos en sustitución otra flor que es la palabra. [...] La poesía intenta convertir las palabras en flores”.<sup>33</sup> Precisamente, uno de los primeros poemas que aparecen en *La ciencia jovial* se llama “Mis rosas”.<sup>34</sup>

Más allá de lo anterior, comparten también una negativa tenaz frente a las soluciones totalitarias. En este sentido, la escritura tiene por misión colocar la máscara y simultáneamente designarla, delimitando el campo de una verosimilitud en el mismo momento en que lo proclama como falso. Dice Nietzsche: “Qué agradable es que existan palabras y sonidos: ¿palabras y sonidos no son acaso arco iris y puentes ilusorios tendidos sobre lo eternamente separado? [...] Una hermosa necesidad es hablar: al hablar el hombre baila sobre todas las cosas”.<sup>35</sup> El lenguaje es entonces la inscripción tentativa de una aceleración vertiginosa; eficaz coagulación de una fábula sólo provisoriamente

30. H.A. Murena, *La metáfora y lo sagrado*, op. cit., p. 32.

31. H.A. Murena y D.G. Vogelmann, *El secreto claro*, op. cit., p. 44.

32. F. Nietzsche, *Ecce homo*, op. cit., p. 57.

33. H.A. Murena y D.G. Vogelmann, *El secreto claro*, op. cit., p. 185.

34. F. Nietzsche, *La ciencia jovial*, § 9, op. cit., p. 11.

35. F. Nietzsche, *Así habló Zarathustra*, op. cit., p. 299.

verdadera.<sup>36</sup> En tal caso, se trata, para Murena, de restituir el misterio, de sostener el interrogante “sabiendo que la respuesta es precaria, incierta en la medida en que se la acepta durante un instante. Así como tomamos todos los días decisiones que no son ciertas pero que sin embargo nos permiten seguir encaminándonos hacia una meta”.<sup>37</sup> Filosofía del riesgo y la improvisación continua, podríamos reiterar, que mantiene al sujeto en el ámbito del *Vielleicht*, lejos de cualquier coartada tranquilizadora. Cuando se escribe con sangre “la ofrenda es el propio oficiante”.<sup>38</sup> “Yo amo a quien delante de sus acciones arroja palabras de oro, y cumple más de lo que promete, pues quiere su ocaso.” “Amar y hundirse en su ocaso, estas cosas van juntas desde la eternidad.”<sup>39</sup>

“Ultranihilismo” y “transobjetividad” son dos de los nombres que el escritor argentino elige a la hora de rotular su pensamiento del exilio, un pensamiento que conjura extremos (el mito cristiano es uno de ellos) para representar sinuosas realidades. En tanto que “el hombre necesita, para sus mejores cosas, de lo peor que hay en él, [y como] todo lo peor es su mejor fuerza y la piedra más dura para el supremo creador; [por ende] el hombre tiene que hacerse más bueno y más malvado”.<sup>40</sup> Sólo con actitud violenta es posible orientar el interés hacia lo afirmativo, en dirección a lo que puede construirse con los restos del derrumbe. Porque quien todavía no puede bendecir debe aprender por dignidad, a maldecir con firmeza.<sup>41</sup> Al respecto Murena confiesa:

36. Nietzsche habla de “ficciones útiles”, “verdades ficticias”, “ficciones convencionales”, “ficciones lógicas” desde la época de sus escritos de juventud hasta en los *Nachgelassene Fragmente* (véase por ejemplo, de *Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe in 15 Bänden* –abreviadas como *KSA*– Hrsg. von G. Colli und M. Montinari, Berlin, Walter de Gruyter/Deutsche Taschenbuch Verlag, 1980: *KSA* 11, 34 [253], p. 506; *KSA* 11, 25 [165], p. 58; *KSA* 12, 9 [97], p. 391, etc.). Esta noción de “error útil” constituye uno de los puntos centrales de su filosofía. En torno al tema resulta esclarecedor el estudio de H. Vaihinger, “La voluntad de ilusión en Nietzsche”, en F. Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, op. cit., 1990.

37. H.A. Murena y D.G. Vogelmann, *El secreto claro*, op. cit., p. 190.

38. H.A. Murena, *La metáfora y lo sagrado*, op. cit., p. 32.

39. F. Nietzsche, *Así habló Zaratrustra*, op. cit., pp. 37 y 182 respectivamente.

40. F. Nietzsche, *Así habló Zaratrustra*, op. cit., p. 301.

41. “He luchado durante largo tiempo, y fui un luchador, a fin de tener un día las manos libres para bendecir”. F. Nietzsche, *Así habló Zaratrustra*, op. cit., p. 235.

Oh, este libro, este ciclo, tras sus carcajadas, es triste y espiritual. Podría hacerlo llorar si le contase la historia en detalle. No soy cruel. Le diré sólo que tenía una señora de la que estaba enamorado en forma absoluta. Hubiera hecho –tal vez hice– cualquier cosa por ella. Un día la vi bajo no sé qué luz y me desilusioné. Y empecé a tratarla mal, como simple medio. Aconteció que nuestros amores nunca fueron tan libres y dichosos como desde entonces. Esa señora es la literatura.<sup>42</sup>

Para escribir con sangre es preciso contraer el vicio del anatema. Hay que maltratar la lengua hasta lo ilegible o intolerable, siguiendo la lógica de lo que se fragmenta y se disuelve precisamente para ser construido. “La obra [...] se cumplirá sin tacha sólo en la medida que nazca para borrarse” –indica en uno de sus libros–.<sup>43</sup> Porque “la estrategia tradicional, a poco que [se] la analice, se muestra inútil para luchar contra la negatividad [...]. El único punto desde el cual es posible entablar la lucha: [es] *el límite*”.<sup>44</sup>

En muchas de sus novelas, que se ocupan de la culpa y de la humillación, Murena narra la miseria y la insignificancia; usa y abusa del sufrimiento y del dolor con un cinismo beckettiano. *La fatalidad de los cuerpos*, por ejemplo, es un largo coloquio con el mal; una lucha contra la enfermedad, que al fin y al cabo prevalece. Publicada póstumamente, *Folisofía* describe “el garbo de la artrosis y la viejez”<sup>45</sup> en un lenguaje inventado que mezcla arcaísmos y groserías sintácticas. La voz narrativa, que da “*testiculomonio*”<sup>46</sup> de su promiscuidad desde la forma misma, combina un poco de latín con portugués deforme, algunos términos franceses y otros en “ganglio”.<sup>47</sup> Como la de su madre,

42. Entrevista citada por H. Savino en “Murena, la palabra injusta”, en *Innombrable* N° 1, noviembre de 1985, p. 18.

43. H.A. Murena, “Ser música”, en *La metáfora y lo sagrado*, op. cit., p. 32.

44. H.A. Murena, “El ultranihilista”, en *Homo atomicus*, op. cit., p. 72.

45. H.A. Murena, *Folisofía*, Buenos Aires, Eudeba, 1998, p. 21.

46. H.A. Murena, *Folisofía*, op. cit., p. 101.

47. “El idioma que mamá trajese en el equipo natal no era el csulú, ni el albanies ni el chucrute ni el cseneisce ni mucho menos el chin, sino ¡el ganglio! ¡el ganglio! [...] Et allí estábase la póbere con su metro ochenta latiando, estallando, fricando en la vana expresividad de los gang y angli y kanglt y ganglengue, locas caballerías con las que disparábase hacia los quovadis más negros.” H.A. Murena, *Folisofía*, op. cit., pp. 8-9.

la lengua de Dagoberto es una “fabla que non aveníase con ninguna de las avenids de iste mundo”.<sup>48</sup> A través de ella cuenta para quien sepa comprenderlo, que “los piordodistas son los que dante lo pior”, que las “infermeras” como tales “inferman te”, que “gracias al travail se quilquilare un apartamient que apartábale del vulgo”. Al confundir todos los códigos convierte a la lengua en un conjunto de armas de guerra que urden máquina contra su propia indigencia.

Consideremos lo siguiente. Una octogenaria permanece sexualmente activa. Para satisfacer las apetencias de la carne impone a sus hijos el luengo oficio de “bastoneros”:

Pues causa que fuera que con la viejez mamí no logoraba la concentración de las mientes necesaria para llevar el ato a su jacarandoso culmine de calorfrío, causa que fuera que por perita y esperta en tal acción sesual la vieja prolongábala hartamente para compensarse del relajó del senso antán no gosado, el caso que érase era que cada uno de sus polvos duraba horas y mesmo días. Que convolsionábase al pronto cual si el bastón causárale cosquillas, que maullaba cual cata parida, que lansaba espumarajos por las bocas endemiente [...], pero venirse de aquellos picachos y montañas no se venía. [...] Por ello tornábamos por turno con el bastón de bate y frega hasta que los brazos caíbansenos mortidos.<sup>49</sup>

Decir de semejante madre que sigue siendo fértil no es decir demasiado, pero hablar de sus “monstruaciones” es, a la luz del párrafo anterior, muy significativo.<sup>50</sup> Murena, que abominó del lenguaje preciso, hizo de él un juego en el que “varias raíces diferentes se entretejen para hacer de una sola palabra un nudo de significados, cada uno de los cuales puede desembocar sobre, o unirse a, otros centros de alusiones que también se abren a nuevas constelaciones”.<sup>51</sup> De tal modo, la lengua

48. H.A. Murena, *Foliosofía*, op. cit., p. 8.

49. H.A. Murena, *Foliosofía*, op. cit., pp. 25-26.

50. “Mamán, [...] de sus monstruaciones concluía que la solitud sangrábale asas por la entrepierna”, en H.A. Murena, *Foliosofía*, op. cit., p. 18.

51. Este análisis hace Foucault acerca de los juegos lingüísticos en su libro sobre Rousell. Véase M. Foucault, *Raymond Rousell*, Buenos Aires, Siglo XXI, p. 20.

logra enriquecerse con la misma miseria que la condiciona. Trabajar el estilo como política: una táctica tan apreciada por el filósofo errante.

Decidido a escribir en la pérdida del centro, Murena manipula el destino de sus personajes en los bordes. El recorrido de estos perturbados es errático y su vagar discursivo opera en la trama como corriente que los arrastra lejos de la ribera de lo real: alguien es adiestrado en el arte de la escupida y conforma una “nueva foerza política”: la de los “espetorantes”; alguien nace a los ochenta años con dentadura postiza innata y resuelve bautizar a toda su prole con el mismo nombre. En la cárcel es posible ser el objeto de culto de una cucaracha y en el hospital, quedar reducido nada más que a una cabeza que llora su desgracia en un florero. Cualquier cosa puede ocurrir en ese mundo extravagante de absurdos y de locos. Murena avanza un poco más lejos, siempre un poco más lejos. Hace del extravió su lema. Como señala Laura Estrín, “no sabemos qué estamos leyendo, de quién habla, de qué habla, cómo llega a decir lo que dice... dirección literaria o libre de todas sus obras que genera abruptamente el desamparo temático, la falta de objeto o la libertad de hablar con todos los temas”.<sup>52</sup> Lo que sucede es que vehiculizado en un lenguaje narcótico, el deseo es una fuerza a la deriva...

Es de noche: ahora hablan más fuerte todos los surtidores. Y también mi alma es un surtidor. Es de noche: sólo ahora se despiertan todas las canciones de los amantes. Y también mi alma es la canción de un amante. En mí hay algo insaciado, insaciable, que quiere hablar. En mí hay un ansia de amor que habla asimismo el lenguaje del amor [...]. Es de noche: ahora, cual una fuente, brota de mí mi deseco: *hablar es lo que deseco*.<sup>53</sup>

52. L. Estrín, “Héctor Álvarez Murena”, en AA.VV., *Literatura argentina. Perspectivas de fin de siglo*, Buenos Aires, Eudeba, 2001, p. 217. Considerando que una posible paráfrasis de “sin sentido” es “sin dirección” podría sugerirse que especialmente desde la Modernidad, la racionalidad, como direccionalidad, es una línea interpretativa que se dirige en un sentido preciso: la Ilustración, el progreso. El resto de las direcciones serán contrasentidos, retrocesos o desviaciones. La narración de la historia se refiere al relato de los hechos y a la suma de los acontecimientos. Errar en la cuenta temporal o diferir en la norma lingüística es transgredir los límites de la razón.

53. F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, op. cit., p. 159.

En el prefacio a *Las palabras y las cosas* Foucault, citando a Borges, circunscribe el único ámbito en el que es posible el insólito encuentro de lo Mismo con lo Otro: el lenguaje. “Los animales “i) que se agitan como locos, j) innumerables, k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello” ¿en qué lugar podrían encontrarse, a no ser en la voz inmaterial que pronuncia su enumeración, a no ser en la página que la transcribe? ¿Dónde podrían yuxtaponerse a no ser en el no-lugar del lenguaje? Pero éste, al desplegarlos, no abre nunca sino un espacio impensable?”<sup>54</sup> Quizás Héctor Murena sea uno de los novelistas argentinos que más han experimentado la exaltación que provoca juntar un paraguas y una máquina de coser, dispuestas a su antojo sobre la mesa de vivisección. En sus textos, la inversión es sólo la etapa propedéutica de la verdadera rebeldía, la antesala que prepara el terreno para el morbo de las perversiones, de las corrupciones semánticas que operan como rebelión pero también como revelación. Según Deleuze, “no se puede instaurar un sentido único, ni un sentido único para la seriedad del pensamiento, para el trabajo, ni un sentido inverso para los entretenimientos ni los juegos menores”.<sup>55</sup>

“Sabes que con boroma encomienzas lo serios”, previene Dagoberto con tono escolar. Nosotros, sin embargo, leemos entre líneas algo de esa “felicidad breve, repentina y sin perdón” de la que tanto esperaba Zarathustra. Aceptemos el desafío de ser lo suficientemente fuertes como para resistir la “alegría africana” que se destila en sus palabras.<sup>56</sup>

54. M. Foucault, “Prefacio” a *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1993, p. 2.

55. G. Deleuze, “Duodécima serie: de las paradojas”, en *Lógica del sentido*. Buenos Aires, Paidós, 1989, p. 94.

56. F. Nietzsche, *El caso Wagner*, Buenos Aires, Tres Haches, 1996, § 2, p. 13. Acerca del humor tropical véase también *Más allá del bien y del mal*, 1998, *op. cit.*, p. 126, donde Nietzsche juzga con severidad a los temperamentos templados o mediocres.

## EL AQUÍ AUSENTE: FEDERICO NIETZSCHE EN MACEDONIO FERNÁNDEZ

*María Teresa García Bravo*

*La tarea de una interpretación que haga justicia  
a la cosa es, por principio, inacabable.*

T. Adorno, *Teoría Estética*

### I. Entrada en prólogo de Federico<sup>1</sup>



Existen pocas tareas tan difíciles como la de enfrentarse con un pensador nómada. Sin duda, una de ellas es enfrentar a dos; enfrentarse a enfrentar a dos pensadores nómades como son Federico Nietzsche y Macedonio Fernández.

En esto reside la primer dificultad de todo texto que pretenda vincular a Federico Nietzsche y Macedonio Fernández: en encontrar un punto común de abordaje respecto de dos pensamientos cuyo estado es el de un perpetuo des-hacerse y cuyas ideas están en circulación constante, sometidas al riesgo del cambio constante.

Un buen modo de encontrar este lugar común es concertando una cita entre Federico y Macedonio.

1. Este subtítulo corresponde al título del prólogo con el que Macedonio presenta en el *Museo de la novela de la eterna* a su personaje Federico, “el chico de largo palo”.